

Cómo y por qué he llegado aquí

Alfonso Romero Sarabia

No resulta fácil, desde la lejanía en el tiempo, evocar aquellos años de estudiante universitario. Para empezar, diré que comencé Matemáticas en el año 1974 en la Universidad de Granada. Durante todo el bachillerato fui perfilando mi vocación matemática. Eso, sin duda, se lo debo a mis profesores a través de los cuales capté la profundidad y la belleza del razonamiento matemático. Ellos y los libros de matemáticas de la biblioteca municipal que caían en mis manos, fueron las luces que señalaron el camino.

No había en mi familia ninguna tradición universitaria y menos aún de matemáticos. Así que cuando les dije a mis padres mi intención de estudiar Matemáticas en Granada, tardaron en aceptar esa decisión. Obtuve una beca. Con ella y una maleta llena por igual de ilusiones y miedos, vine a Granada para comenzar una nueva vida. Y esto fue así en el sentido literal de la expresión. En efecto, llegué solo desde mi pueblo, Totana (Murcia), y con poco mundo corrido. Quizá a alguien le parezca extraño, pero yo encontraba diferentes las comidas, los horarios no se ajustaban a los otrora habituales y, como no, aprendí lo que era el frío; sí, del paso de un suave clima mediterráneo a otro continental-mediterráneo tardé lo mío en habituarme.

He de reconocer que las matemáticas que se impartían en la Universidad distaban mucho de las que yo creía saber. Tampoco fue nada fácil adaptarme a la vida de estudiante universitario: carencia de textos de las asignaturas, al contrario que en bachillerato; además, muchos de los recomendados estaban en inglés, cuando yo había estudiado siempre francés; cinco horas diarias de clases teóricas y prácticas (que salvo por el cambio del profesor no se diferenciaban de aquellas); algunos sábados con clase por la mañana; exámenes trimestrales de teoría y de prácticas, por separado, etc. El principio fue duro, pero lo tomé como un reto personal que me propuse superar. Contaba para ello con tres pilares donde apoyarme: el primero era mi clara vocación matemática; el segundo mi tozudez y capacidad de trabajo y el tercero, casi tan importante como cualquiera de los otros dos, una alternativa laboral a mi posible fracaso universitario que no me satisfacía en absoluto.

Así, en aquel frío otoño del 74 me dispuse a empaparme de las maravillas matemáticas que, día a día, iban surgiendo de mis profesores. La primera dificultad sería que encontré tenía un carácter temporal: veía imposible asimilar cada tarde-noche la materia impartida en esas cinco clases matutinas. Uno, cuando estudia matemáticas, debe reflexionar sobre los conceptos que le explican o lee en un libro. Siempre he tenido la certeza que para razonar bien se ha de tener claro el significado de las cosas que se manejan. Pero eso requiere una interiorización que necesita su tiempo. La cosa fue a peor cuando se empezaron a fijar exámenes, cuyo estudio distorsionaba la atención merecida a la materia explicada cada día. Tras una cierta desesperación al no poder abarcar, como en aquel momento pensaba, esa ingente cantidad de información, opté por optimizar mi tiempo: intenté aprender lo máximo durante el desarrollo de cada clase y no sólo tomar apuntes y, además, dejé de pasar a limpio mis notas de clase. Tuve también que adaptarme a un manifiesto desfase, común por cierto a todos mis compañeros, entre la materia explicada y la que iba estudiando.

Mi vida social no era muy variada, cosa por otro lado usual en mi entorno. Aparte de los cafés con tertulia tras el almuerzo, solía ver a compañeros para intercambiar apuntes, libros e información. Sobre todo, gustaba visitar a los de un curso superior, por aquello de que la experiencia es un grado, además porque amablemente compartían conmigo sus apuntes del año anterior, que eran para mí como agua de mayo

en más de una ocasión. Recuerdo que uno de esos compañeros, originario de mi provincia, vivía en un piso compartido, en una habitación espartana con un cartel por toda decoración. En él había rotulada una frase que rezaba *la constancia es el secreto del buen trabajador*. Cuando la vi, me dio que pensar y le pregunté que significa para él. Respondió que era su máxima diaria y que el estudio no es más que un tipo de trabajo que, como es natural, hay que hacer bien. He de reconocer que llevé conmigo esa consigna en lo sucesivo. Desafortunadamente, este compañero ya no está entre nosotros.

Acabé felizmente, aunque muy cansado, mi primer curso en junio. Eso me facilitó un verano lleno de clases particulares, que fueron ayuda indispensable para el curso siguiente. Empecé también así a tomarle gusto a la docencia, a pesar de la poca altura académica de mis alumnos. Mis clases me ayudaban además a practicar destrezas y conocimientos básicos que sin duda fueron de utilidad posteriormente. Poco a poco fue perfilándose mi vocación de docente. Era un trabajo para el que creía tener alguna aptitud y que me gustaba. Por aquel entonces aprendí otra frase que sigo refiriendo aún hoy en día a mis alumnos: *enseñar es una forma de lograr la inmortalidad*.

Los dos cursos siguientes discurrieron mejor. Aunque tuve algunos problemas con un cambio de domicilio, empezaba a “cogerle el punto” al oficio de estudiante universitario. Me propuse acabar siempre los cursos en junio y así fue. De manera que podía luego en verano seguir con mis clases a grupos de recuperación en mi pueblo, y descansar un poco también. Otro aliciente más a la hora de acabar cada curso en junio era que el margen de maniobra que me permitía mi condición de becario era muy estrecho en cuanto a ese extremo.

El paso a cuarto curso supuso la elección de una rama de especialización. Los compañeros de clase nos separamos en tres ramas. Con los de una seguía teniendo contacto en asignaturas comunes, pero no con todos. Yo me decanté por Matemática Fundamental; es decir, la rama minoritaria de los que piensan que les va a gustar la investigación. Otros por Metodología, enfocada a la docencia en enseñanza media y, finalmente, otros por Estadística, incluyendo los que tenían una visión más cercana al mundo de la empresa de entonces. Descubrí poco a poco que había una manera de congeniar mi gusto por la docencia y la investigación: el trabajo universitario. Para ello fue clave la asignatura Geometría Diferencial, impartida por un joven Doctor, el Profesor Manuel Barros Díaz, que supo darle a la materia un aire moderno y muy atractivo. Esta disciplina fue para mí todo un desafío y la trabajé mucho, no sólo pensando en la calificación sino en la formación que estaba logrando. Cuando acabé la asignatura, tuve la posibilidad de obtener la calificación de Sobresaliente Honor si estudiaba un tema extra y lo exponía oralmente en la pizarra. Trabajé con ahínco para lograr entender y explicar con propiedad aquel nuevo tema. La cosa fue bien y he de reconocer que constituyó un hecho decisivo para mi futuro académico.

Quinto fue un curso atractivo y más relajado. Volvimos a dividirnos en grupos según nuevas asignaturas optativas, perfilando así la opción de cada uno dentro de Matemática Fundamental. Parecía que los profesores ya nos veían *maduros*, a punto de caer desde el *árbol* de la carrera al *suelo* de la vida profesional y académica. Incluso algunos de nosotros ya teníamos cierta vinculación con Departamentos y, sobre todo, mucha ilusión de realizarnos en el ámbito de la Universidad como investigadores y docentes. Pero el futuro, aún en aquel tiempo, no estaba claro. De manera que fui realizando simultáneamente el Curso de Aptitud Pedagógica (CAP) que posibilitaba el acceso a la enseñanza de Matemáticas en bachillerato. No podía desaprovechar ninguna oportunidad y, la verdad, es que, igual que ahora, no había gran variedad de ellas. Aquel año de 1979, muchos profesores de Matemáticas no numerarios de la Universidad,

opositaron y lograron una plaza de instituto. El futuro en la Universidad era bastante incierto también entonces y algunos optaron por un cambio de tercio buscando la estabilidad, tan necesaria a partir de cierta edad y sobre todo cuando se piensa formar una familia. De manera que hubo necesidad de cubrir esas vacantes y tras el preceptivo concurso, entré a trabajar como ayudante en el Departamento de Geometría y Topología de la Universidad de Granada. A la vez, realicé el examen de Licenciatura en Ciencias Matemáticas bajo la modalidad de tesina, lo que significó para mí finalmente la introducción en el maravilloso mundo de la investigación matemática.

Llegué a la meta que quería y, de pronto, me di cuenta que la meta no era más que la salida hacia nuevos y apasionantes retos. Entre ellos ha transcurrido mi trabajo desde entonces, simultaneado con tareas docentes y de formación de nuevos investigadores. Pero así es la Universidad, un devenir de ideas creativas siempre en crecimiento. La creación matemática no tiene horarios ni topes. Las buenas ideas aparecen, si lo hacen, tras mucho esfuerzo. Pero tienen una indudable recompensa: la satisfacción por el trabajo bien hecho.

Alfonso Romero Sarabia
Catedrático de Geometría y Topología
Universidad de Granada
E-mail: aromero@ugr.es
Web: <http://www.ugr.es/~aromero>